

## **EL SUFRIMIENTO**

El sufrimiento es una realidad; es un misterio; y es un problema. Todos sufrimos, hemos sufrido o sufriremos algún día. No sabemos por qué. Y buscamos la manera de eludir el sufrimiento o de superarlo.

### **A. El sufrimiento: una realidad**

Uno podría creer, a primera vista, que en nuestro mundo permisivo y hedonista, en nuestro mundo centrado en el placer, en el bienestar, en el dinero, el sufrimiento habrá disminuido considerablemente, tal vez desaparecido. Pero no es así.

Desde luego, una buena parte de las familias del mundo siguen viviendo en las mismas o peores condiciones que las que conocieron nuestros abuelos o nuestros bisabuelos: el hambre, la sed, el frío, el calor, el cansancio; los piojos, los chinches y los roedores; los traumatismos y las enfermedades; la agonía, la angustia, el temor, el desamparo siguen siendo el lote de varios miles de millones de hombres, de mujeres y de niños de hoy que no han llegado todavía al nivel de vida que el primer quintil, los 1.200 millones de seres humanos que están mejor, hemos logrado ya.

Pero los de ese primer quintil, los que estamos bien -y no todos están bien- en Chile, en Europa, en Estados Unidos o en Japón -, los que estamos bien, ¿hemos escapado al sufrimiento? ¿hemos vencido al sufrimiento? La respuesta unánime es: no.

Los analgésicos y la anestesia, la medicina y la cirugía del dolor han suprimido muchos dolores físicos. Pero ustedes que trabajan con los enfermos, los accidentados, los cancerosos saben mejor que nadie que todavía

hay un ancho campo para el dolor físico y que los quejidos y aun los alaridos de dolor siguen oyéndose, menos que antes, pero aun hoy día.

Y ¿ qué decir del dolor moral, o síquico, del dolor del alma, de las penas, de las frustraciones, de los desengaños, de las angustias, de las depresiones, de las aprensiones, de los temores? ¿Qué decir las familias que no funcionan; de las parejas en las que uno deja de querer al otro; de los niños que no encuentran en su hogar ni cariño ni apoyo? ¿De los que no encuentran un trabajo digno, interesante y bien remunerado? ¿De los que no pudieron estudiar y no lograron crecer y realizarse? ¿De los que ven morir a sus seres queridos, a un hijo, a una madre, a un esposo o esposa? ¿De los que deben convivir, en poblaciones atochadas, con vecinos groseros o violentos, con delincuentes, con acosadores, con desviados sexuales? ¿Cuántos son los que han perdido la capacidad de reír, aun de sonreír, los que andan tristes, temerosos, huraños, a la defensiva frente a un mundo hostil?

Y si quisiéramos extender nuestra mirada mas allá de la familia humana, ¿quién podrá evocar el sufrimiento de los animales? Y no solo de los que el hombre ha domesticado, ha esclavizado, los caballos o los bueyes, los camellos o los burros, os perros y los gatos, tan maltratados. También los animales salvajes, aun los que están fuera del alcance del hombre, -el gran depredador del reino animal y vegetal-; el temor de la gacela ante la pantera, el temor del herbívoro ante el carnívoro; o el temor del ciervo y del zorro de otro tiempo, acosados por el cazador y su jauría; o del hipopótamo acribillado a flechazos y despedazado, vivo aun, con cuchillos sin filo por un grupo de indígenas hambrientos.

La tierra, el mar, el aire sufren en silencio y a veces se retuercen de dolor; sus alaridos llegan a nuestros oídos y nuestros ojos ven las miradas de

angustia de tantos seres vivos, de tantos seres inocentes. Y no podemos eludir la gran pregunta ¿por qué?

**B. El sufrimiento: un misterio**

¿Por qué el sufrimiento? Se han ensayado algunas respuestas: vienen de la ciencia, de la filosofía, de las religiones. Veamos algunas.

Unos nos dicen que el dolor físico puede ser una advertencia oportuna para evitar daños mayores. Porque la quemadura del agua hirviente duele, retiro mis manos y evito que se me queme entera. Un dolor agudo pero breve me libra de un dolor mas grave y prolongado. Sí, es así, en algunos casos pero ¿por qué habría que sufrir un poco para evitar sufrir más?

Otros dicen que el sufrimiento es castigo de una culpa, que restablece la justicia o sirve de disuasivo, como cuando se encarcela a un delincuente. Cuando el chico a quien la mamá le ordenó estarse quieto, sale a correr, se cae y se pela una rodilla, la mamá le dice, con mas o menos convicción: “esto te pasó por desobediente”. Cuando el delincuente cae a la cárcel por sus robos o sus agresiones, pensamos que “se la buscó” o por lo menos que “se la mereció”. Pero ¿cuántos son los que sufren sin haberlo merecido y cuántos los que hacen el mal y lo pasan muy bien? El dolor de los inocentes -incluyendo el de los animales- no tiene explicación.

Se nos dice que el sufrimiento es consecuencia del pecado pero tomado en forma colectiva y solidaria. Los fundadores de la familia humana, Adán y Eva, pecaron y fueron castigados. Pero nosotros, como sus descendientes, somos solidarios con ellos en la culpa y en el castigo. Como ocurre en una familia: el padre gana dinero y la esposa y los hijos están mejor vestidos y mejor alimentados; el padre pierde lo que tenía y su familia cae en la pobreza.

Y nadie piensa que eso sea injusto: la familia se mantiene unida en la buena y en la mala fortuna, compartiendo las penurias y compartiendo las prosperidades.

Pero, podemos preguntarnos, siendo el hombre creado por Dios, libre y responsable a título personal ¿no habría podido Dios dejarnos libres de ese destino colectivo y premiarnos o castigarnos cada cual según sus propios méritos o deméritos?

El misterio del sufrimiento ha llevado a algunos a la blasfemia. El poeta romántico francés Vigny, impregnado de la Biblia, temperamento altanero y angustiado, se escandalizó del silencio de Dios ante el dolor humano, incluso ante la agonía de su Hijo en el huerto. Si la cosa fue como lo dice el Evangelio, concluye “ el justo responderá con desdén y silencio al eterno silencio de la divinidad”.

Otros han perdido la fe. Si Dios es lo que creemos que es no puede no ser infinitamente bueno y todopoderoso. Pero un ser infinitamente bueno no puede haber creado un mundo de sufrimiento o no compadecerse del sufrimiento humano. Y si es todopoderoso no puede sino intervenir para suprimir ese dolor. El silencio de Dios se interpreta entonces como ausencia de Dios, como vacío. Es el ateísmo de los buenos, de los compasivos.

El dolor de los animales es otro misterio. Se puede incluso negarlo. El animal no tendría conciencia y no podría, por lo tanto, sentir dolor. Sus reacciones ante el maltrato serían de orden fisiológico meramente. Pero estas reacciones se parecen tanto a las de los seres humanos que nosotros las interpretamos como si ellos sintieran lo que nosotros sentimos. Misterio.

Hace 2000 años un niño fue concebido en el seno de una joven judía. La fe nos enseña que era Dios quien se hacía hombre para compartir nuestro

destino humano y para acompañarnos en nuestro camino hacia el cielo. ¿Y qué enseñó Cristo acerca del dolor? Con palabras, muy poco. Pero con hechos, mucho.

Manifestó gran compasión por los que sufren. Siempre se le veía rodeado de pobres, de enfermos, de lisiados, de discapacitados. Pasaba horas con ellos, los atendía. Parecía, a veces, descuidar su misión de predicador itinerante, de maestro de una doctrina nueva, para escuchar el rumor insistente del dolor humano, para sanar leprosos, ciegos, parálíticos, endemoniados. Como si la caridad le importara más que la misma verdad. O como si la caridad no fuera para él sino el rostro visible y sensible de la verdad. El interés por el sufrimiento humano, el deseo de aliviarlo, fueron sin duda características notables y permanentes de su breve estadía entre nosotros.

Pero Jesús hizo más que compadecerse del dolor ajeno y tratar de aliviarlo. Lo compartió. Fue “el varón de dolores, objeto de desprecio, abandonado por los hombres, familiarizado con el sufrimiento” (Isaías 53, 3).

Desde que fue concebido en el seno de su madre hasta el momento en que expiró en la cruz, sufrió como sufrimos los hombres, sufrió mucho más que lo que sufren aun los hombres que mas sufren, sufrió en su cuerpo y en su alma, suplicio físico y angustia moral.

¿En qué el sufrimiento de Cristo puede aliviar nuestro propio sufrimiento? ¿Cómo puede el sufrimiento de Dios justificar el sufrimiento del hombre? En nada, según la lógica fría del hombre racional. Pero para la “inteligencia emocional” del hombre espiritual, el dolor se transformó en amor. No desapareció, se sublimó. La esperanza lo iluminó, le dio sentido, lo hizo aceptable, deseable incluso. Desde entonces el hombre y Dios comparten el mismo dolor en un mismo amor. Y eso cambia todo.

Ahora podemos tratar de entender. El pecado, personal o colectivo, es un mal infinito porque afecta a Dios que es infinito. Un mal infinito solo puede ser reparado por un dolor infinito asumido por un amor infinito. El hombre no es capaz de un dolor infinito pero Dios, si se hace hombre, sí. Se hizo hombre, asumió el dolor infinito y reparó el mal infinito, por un amor infinito. Y luego nos invita a todos los hombres a compartir ese dolor, en la medida en que somos llamados por El a hacerlo, a compartirlo con El. El dolor, en la perspectiva cristiana, es como una inmensa cruz que Jesús y nosotros cargamos juntos, unidos en el dolor y unidos en el amor. Sufrimos con El y El sufre con nosotros. En la cruz nos encontramos con El. Compartimos un mismo dolor pero ese dolor ahora tiene sentido: es un dolor purificador, redentor, salvador, santificador, en la medida en que es asumido en el amor. Y en la cruz, el amor entre Dios y el hombre, entre cada uno de nosotros y Cristo, Dios hecho hombre, se intensifica y se purifica, adquiere sentido, abre la puerta a la esperanza del cielo en que todas las lágrimas se enjugarán y el dolor se transfigurará en alegría sin fin.

He hablado desde la fe de un discípulo de Cristo. Muchos de ustedes la comparten. Tal vez no todos. Pero estamos aquí para poner en común todos nuestros aportes y yo apporto lo que mi fe me enseña. Y quisiera vivirlo mejor, quisiera que todos los que somos cristianos lo viviéramos mejor para compartirlo con todos y para dar al enfermo que sufre el consuelo, la paz, la esperanza, el amor que esta visión del dolor nos infunde.

### C. **El sufrimiento: un problema**

Sea cual sea el sentido que le demos al sufrimiento, tenemos que hacer algo frente a el. El sufrimiento es un problema que tenemos que resolver. Y

antes de determinar cual deba ser nuestra actitud ante el sufrimiento ajeno - que es el objeto principal de nuestro seminario- debemos resolver nuestra actitud ante nuestro propio sufrimiento. Si no sabemos como sufrir nosotros mismos, poco podremos ayudar a otros a sufrir: nuestras palabras y nuestros gestos serán percibidos por el que sufre como huecos, como vanos, como recetas rutinarias que poco ayudarán.

### 1. **El sufrimiento propio**

La posición del hombre antiguo - el griego y el romano- ante el sufrimiento propio se fue precisando en torno a dos actitudes diferentes: la del epicúreo y la del estoico, las dos escuelas éticas mas importantes de la antigüedad clásica.

El epicúreo tiene claro que el hombre no quiere sufrir; por el contrario, quiere pasarlo bien, quiere ser feliz. Por eso, Epicúreo aconseja buscar la felicidad y evitar, cuanto se pueda, el dolor. De allí que la palabra “epicúreo” sugiere un gozador de la vida, un libertino, un hombre entregado a todos los vicios. Pero no es ese el tipo de hombre que Epicúreo propone como un ideal. Para evitar el sufrimiento y gozar al máximo del placer y de la felicidad, el hombre debe controlar sus instintos, que fácilmente se desbocan, evitar los excesos que arruinan su salud y son causas de sufrimientos. El verdadero discípulo de Epicúreo busca el placer pero con moderación, sin salirse de la prudencia que dicta la experiencia. Como con gusto pero no cae en la glotonería que anula el placer de comer bien. Bebe pero sin llegar a la borrachera o al alcoholismo. Descansa y duerme a gusto pero sabe que la salud requiere practicar también el ejercicio. Controla su carácter, su egoísmo para poder tener con sus semejantes una convivencia armoniosa. Poner la

inteligencia al servicio del placer. Y trata de prevenir el sufrimiento ya que no quiere tener que afrontarlo.

El estoico es más pesimista o tal vez más realista. Sabe que el sufrimiento es inevitable. Prefiere afrontarlo antes que sacarle la vuelta. El hombre sufre, nos dice, porque ansía el placer y, a menudo, el placer ansiado no está a su alcance. Reduzcamos nuestros deseos y reduciremos nuestras frustraciones. Aprendamos a vivir con poco y sufriremos menos por no ser ricos. Desapeguémonos de las cosas y no las echaremos de menos cuando nos falten.

Estas dos doctrinas filosóficas nos ayudan sin duda a sufrir menos. Epicúreo nos enseña a beber, evitando la cirrosis hepática. Xenón, el fundador del estoicismo, nos aconseja ser abstemios para no sufrir cuando no tengamos con que comprar licor. Son métodos para usarlos a lo largo de la vida. Pero, a la hora del sufrimiento inesperado, de poco sirven al que no los ha practicado a lo largo de la vida.

Lao Tsé, el sabio chino, sentía en la historia una corriente, apenas perceptible, que no depende del hombre pero que éste debe aceptar. Como el que nada en un lago y puede hacerlo en la dirección que quiera pero no deja de sentir una corriente que va del extremo del lago por donde llega el río que lo alimenta hasta el lugar del desagüe. Y nadará mejor si lo hace conforme a la dirección de la corriente. Lao Tsé intuía en esa corriente una presencia activa de Dios en la historia. Podemos aceptar el dolor dejándonos llevar en paz por esa corriente, aceptando una voluntad que nos supera pero que, al mismo tiempo, nos inspira confianza, sumisión.

El creyente busca por otro lado. Yo visitaba a un sacerdote que moría de cáncer a los 106 años de edad. “¿Cómo se siente, don Félix?” le



preguntaba. Y él invariablemente, me respondía: “Me siento como Dios quiere que me sienta”. La aceptación del sufrimiento, como una expresión de la voluntad de Dios, el “hágase tu voluntad” del Padre Nuestro, es una actitud propia del creyente.

El cristiano dará un paso más. No solo acepta la voluntad de Dios. Sabe que Dios es bueno, que es compasivo y misericordioso con el que sufre, que el dolor es purificador de nuestra propia alma y que es fecundo en bien para los demás. Y acepta el dolor, no solo con sumisión sino con amor.

Un paso más es el que hemos insinuado en la segunda parte. El cristiano que se identifica con Cristo en el sufrimiento, que sufre con El, que siente, al sufrir, que está ayudando a Cristo a llevar su cruz por la salvación y la santificación de todos los hombres; y siente también que Cristo le ayuda a él a soportar su propio sufrimiento.

Una vieja leyenda lo explicaba muy bien. Simón, el cireneo, nos dice el Evangelio, fue obligado por los soldados romanos a ayudar a Cristo a cargar su cruz hasta el calvario. Algunos años después, Simón, convertido al cristianismo, fue condenado él también a morir crucificado. Y cuando, agotado, cargaba penosamente su cruz hasta el lugar del suplicio, sintió que su peso se aligeraba. Miró para atrás y vio a Jesús -subido al cielo hacía ya tiempo- que había puesto el hombro bajo su cruz y la estaba cargando con él. “Tú me ayudaste a mí a cargar mi cruz; justo es que ahora te ayude a ti a cargar la tuya”, le dijo. El cristiano que sufre con paciencia y con amor oye también esa voz y encuentra en ella alivio. Como el niño que sufre menos cuando su mamá se queda con él en la pieza, le toma la mano y le hace cariño.

## 2. **El sufrimiento ajeno**

¿Qué hacer con la persona que sufre? Vamos a enfocar preferentemente -aunque no exclusivamente- el caso del enfermo que sufre en una sala de hospital, que es el tema preferente de este encuentro.

Lo primero es no eludir el dolor ajeno. Nuestra natural tendencia es de no involucrarnos con los problemas del otro, especialmente cuando presentimos que nos van a hacer sufrir. Por el contrario: acerquémonos al paciente que sufre, mirémoslo, tomémosle la mano, hablémosle con cariño, acompañémosle el tiempo que podamos, escuchémoslo y volvamos a verlo, aunque sea de pasada, haciéndole sentir interés y cariño.

Después viene el compadecerse del que sufre. Pensar que yo pudiera estar en su lugar, sufriendo lo que él está sufriendo. Compartamos en lo que podamos su dolor. Que él se sienta acompañado y en cierta manera asumido por el que lo atiende.

Veamos que el enfermo reciba toda la ayuda que pueda darle la medicina para aliviar su dolor pero procuremos también que pueda utilizar los momentos de lucidez entre dos administraciones de analgésico para arreglar sus asuntos materiales y espirituales.

En sus momentos de lucidez, conociendo su pertenencia religiosa y su estado de ánimo, instémosle a aceptar con paciencia la prueba del dolor, como voluntad de Dios para él, que lo tome como una purificación de su alma, un encuentro íntimo con Cristo en la cruz, una colaboración en la obra salvadora de Jesús en bien de todos los hombres.

Invitémoslo también a confiar en la misericordia infinita de Dios con los pecadores. Hablémosle de la fiesta que se celebra en el cielo por un pecador que se arrepiente y es perdonado. Recordémosle a los seres que mas

ha querido -su padre, su madre...- y digámosle que Dios es mas bueno y lo quiere más y puede hacer más por él que todos ellos. Ofrezcámosle traerle a un ministro de su religión, si es católico, a un sacerdote que le traiga la comunión -o que le haga la Unción de los Enfermos. El sacerdote se encargará de hablarle de la confesión - y de la Unción de los Enfermos- antes de darle la Eucaristía.

Si el enfermo no es católico, procurémosle la visita de un ministro de su religión, si se puede el que él pida. Y hablémosle de Dios, sin referirnos a los aspectos de nuestra propia fe que no coincidan con la fe de él. Con un evangélico podemos hablar de Jesús, con un israelita del Dios de la Biblia, con un musulmán de Alá, ya que Alá, Yahvé, Dios son nombres diversos del único y verdadero Dios.

Con un ateo, con un agnóstico, con un enfermo que haya sido toda su vida ajeno a toda religión, hablemos de lo que nos es común a todos: del sentido del misterio, de esperanza, de confianza, de aceptación. Recordémosle que si bien él tal vez no ha conocido a Dios, Dios lo conoce a él y lo quiere igual que a los creyentes. Tal vez podamos, en algunos casos, tratar de avivar las cenizas de la fe de su infancia. En otros casos tenemos que respetar su conciencia de hombre adulto y responsable. Pero siempre hacerle sentir respeto y cariño fraternal.

Muy importante es el contacto con su familia o sus amigos. Preguntarles a ellos cómo creen ellos que a su pariente, a su amigo le gustaría que lo atendieran, religiosamente, en este trance en que se encuentra, para no ser imprudente o impositivo o por el contrario, tímido para tratar de acercarlo al Dios que tal vez desea, en el fondo de su corazón y al que tal vez quisiera volver en esta hora de prueba.

Si el enfermo es cristiano, hacerle sentir que Jesús lo acompaña, que María, José o el santo de quien es devoto están cerca de su cama, rezando con él y por él y que, cuando llegue a la hora de su muerte -en caso de que esta sea previsible a corto plazo- Jesús vendrá a buscarlo y lo llevará con El allí donde El está, a la gloria, a la felicidad sin fin. Y que esto que está sufriendo, lo está purificando, lo está preparando para la entrada al cielo.

Al no cristiano, si está dispuesto a escuchar, se le puede decir lo mismo, tal vez con otras palabras, pues él también es hijo de Dios, Dios lo quiere, lo comprende, lo perdona si es necesario y también lo llevará al cielo con El, aunque él no lo haya conocido o haya vivido alejado de El aquí en la tierra.

A veces nos sentimos torpes o tímidos para tratar de consolar al que sufre, estando nosotros sanos y tranquilos, gozando de la vida. En esos casos y sin perjuicio de hacer lo que podamos lo mejor es rezar. Dios pondrá en nuestros labios, en nuestra mirada incluso, lo que sugiera su amor. Y El mismo hará directamente en el alma de ese enfermo lo que nosotros tal vez seamos incapaces de hacer. Pero no rehuíamos el servir de instrumento de Dios para dar alivio al que sufre en su nombre. El nos llama desde la cama del enfermo: “Estuve enfermo y me viniste a ver”. Desde el enfermo, el Señor abre las puertas de su alma para que acoja lo que nosotros le entregamos en nombre de El.

+ Bernardino Piñera C.,  
Arzobispo Emérito de La Serena